

ante un auditorio tan numeroso como escogido, entre el cual se encontraban los embajadores de Siam.

A leer este discurso por primera vez, dice, quise hacerle pasar como obra de Bossuet, y al efecto oculté cuidadosamente la portada: cuando concluí su lectura todos esclamaron unánimes, que solo el águila brillante de Meaux podía elevarse á tanta altura: hablaban muchos de la imaginación de Homero, de la vehemencia de Demóstenes, del genio y la ternura de San Juan Crisóstomo, de la fuerza y magestad de Corneille, queriendo ver en algunos rasgos de la peroración la energía y profundidad de Tácito, y frecuentemente el ímpetu y elevación del gran maestro. Durante la lectura, añade, no dejé escapar el libro de mis manos; y despues que hube disfrutado de la embriaguez y entusiasmo de los académicos que me escuchaban, escité aun mas su sorpresa manifestando que la obra era de Fenelon.

Poco conocido este discurso, vamos á trasladar á este sitio algunos de sus pasajes.

Despues de una alegoría en que presenta una magnificencia poética, y al pintar la Iglesia bajo la imagen de Jerusalem, Fenelon nos la presenta desde el origen del Cristianismo, mas estendida que aquel imperio que se vanagloriaba de ser el único del universo. Las regiones salvajes é inaccesibles del Norte, á quienes el sol apenas alumbraba con sus rayos, han visto la luz celestial: las abrasadoras playas del Africa han sido inundadas con torrentes de gracia.

Oíd cómo refiere la invasión de Roma y la conversión de sus fieros vencedores:

«Mirad esos pueblos bárbaros que hicieron caer el roma-

no imperio. Dios los tenia reservados bajo un cielo glacial para castigar la Roma pagana embriagada con la sangre de los mártires. Mándales abandonar sus lejanas é ignoradas comarcas, y el mundo queda inundado. Pero los mismos que destruyen el gran imperio, se someten gustosos al del Señor. Ministros á un mismo tiempo de venganzas y objeto de misericordia, son conducidos como por la mano delante del Evangelio, pudiéndose decir de ellos que hallaron al Dios que no buscaban.»

El orador recorre la Europa, recorre todo el globo, y con el vuelo de un genio profético y con la impetuosidad de un alma superior esclama:

«¿Qué es lo que resta? Pueblos de la estremidad del Oriente, vuestra hora ha llegado: si Alejandro, ese rápido conquistador á quien el profeta Daniel pinta como si con sus piés no tocara la tierra, á pesar de su ardiente deseo de subyugar el mundo se detuvo distante de vosotros, observad ahora de qué modo la caridad vá mucho mas lejos que el orgullo.

Ni las abrasadoras arenas del desierto, ni la aspereza de los montes, ni la distancia de los pueblos, ni las tempestades, ni los escollos de tantos mares, ni la intemperie de tantos climas, ni el término fatal de esa línea en que se descubre un nuevo cielo, ni las escuadras enemigas, ni las costas de los bárbaros, nada puede contener á los que Dios envía. ¿Quiénes son estos que caminan como las nubes? Vientos, llevadlos sobre vuestras alas. El Mediodía, el Oriente y las islas mas ignoradas los aguardan y silenciosas contemplan su venida desde lejos. ¡Qué hermosos son los piés de esos hombres que se ven llegar desde lo alto de las montañas, á traer la paz, á anunciar los bienes eternos, predicar la salud y decir:—¡Oh Sion, tu Dios reinará sobre tí!—Aquí, aquí están esos nuevos conquistadores que vienen sin mas armas que la cruz del Salvador.



Vienen, no para apoderarse de las riquezas y derramar la sangre de los vencidos, sino para ofrecer su propia sangre y defender los tesoros celestiales. Pueblos que los visteis venir, ¿cuál fué al principio vuestra sorpresa y quién puede describirla? Unos hombres que vienen á vosotros sin ser atraídos por ningún interés de comercio, ni de ambición, ni de curiosidad; unos hombres que sin jamás haberos visto, sin saber aun dónde estais, lo dejan todo por vosotros y os buscan atravesando todos los mares con tantas fatigas y peligros, para haceros partícipes de la vida eterna que han descubierto.

Naciones sepultadas en la sombra de la muerte, ¡qué gran luz hay sobre vuestras cabezas!»

Siendo ya Fenelon Arzobispo de Cambray, subia muchas veces al púlpito de su iglesia, y dando rienda á su corazón y á su fé, derramaba en brillantes improvisaciones todos los tesoros de su fácil genio. Una circunstancia particular le ofreció ocasion para desenvolver en toda su fuerza su natural elocuencia. El sermón que en la catedral de Lille pronunció con motivo de la consagración del Arzobispo de Colonia, es á la par del discurso sobre las *Misiones*; uno de los mas perfectos monumentos de la elocuencia sagrada en la época que nos ocupa.

**CHEMINAIS.** El A. Henry, á quien seguimos casi fielmente en esta parte de nuestro libro, concede á este orador imaginación viva, solidez de juicio, un gusto esquisito, buen método, y fácil y noble espresion.

Sus discursos mas notables son el que trata del *Temor de Dios* y el de *la Caridad con los encarcelados*.

El estilo de los trabajos oratorios de Cheminai, lleno de dulzura y de bondad, indica, en sentir de Maury, un talento

feliz; sus sermones respiran una elocuencia afectuosa, cuyo encanto hace sentir que este escritor, condenado por la naturaleza á enfermedades habituales, no haya vivido el tiempo suficiente para terminar con mayor gloria su misión. Parecía estar llamado á ser el predicador mas patético, y el P. Bourhours lo apellida no sin razon el Euripides del púlpito.

**Giroust.** La elocuencia de este orador era natural y espresiva: sus maneras sencillas y agradables.

Poseia muy particularmente el don de fijar la atención de su auditorio por medio de rasgos patéticos muy oportunos.

Se le acusa por algunos de negligencia, y en verdad que esta calificación no merece quien, como sucedia á Giroust, supo hacer grandes conversiones.

**La Rue.** Menos celebre que Bourdaloue en los discursos morales, pero dotado de un talento mas flexible y de un alma mas sentimental, La Rue le aventajó en opinión de algunos en el género de los elogios fúnebres; era tan escelente poeta como buen orador, y poseia, como Flechier, el idioma latino, hasta el punto de componer bellisimos versos en la lengua de Virgilio y de Horacio.

Predicó muchas veces ante Luis XIV, en época en que grandes infortunios acabaron la existencia de este monarca despues de cuarenta años de prosperidad y de gloria.

En 1711 La Rue hizo el elogio del gran delfin. Un año despues tributó el mismo homenaje al duque de Borgonia, discípulo de Fenelon, y en su discurso pintó con raro talento las cualidades de este principe que debia hacer la felicidad de la Francia.



El texto del discurso sacado de Jeremías, parecía una predicación, y elegido á propósito para anunciar el desgarrador espectáculo ofrecido á la vista de todos, de un padre, de una madre y de un niño, muertos en un mismo día, y enterrados juntos: *Quare facitis malum grande contra animas vestras, ut intereat ex vobis vir, et mulier, et parvulus de medio Judæ?* — *¿Por qué os atraéis con vuestros pecados la desgracia de ver arrebatados por la muerte de en medio de vosotros al esposo, á la esposa y al niño?* (cap. 44.) El orador hizo correr abundantes lágrimas, tanto por la belleza del asunto como por las maravillas que su genio supo producir. No pueden leerse la mayor parte de los trozos de este discurso, y en especial el último, sin enternecerse.

Su talento no se hizo menos notable en la oración fúnebre del mariscal Francisco Enrique de Luxembourg, en la del mariscal de Bouffers, que Thomas mira como la obra maestra del autor, y en la de Bossuet, citada también con elogio por muchos críticos. La Rue era entre todos los predicadores de su tiempo el que hablaba mejor. Dícese que su imaginación fuertemente animada, dejaba escapar en el fuego de la declamación rasgos de grandísimo efecto, que no se hallan en sus sermones impresos. En los más de estos se admiran el espíritu de observación, la fuerza y la facilidad al mismo tiempo; pero se notan también frecuentes desigualdades y descuidos.

Las huellas de los grandes oradores que acabamos de citar fueron seguidas por otros, que más ó menos, y durante algún tiempo conservaron en Francia el esplendor del púlpito, al paso que en los demás países, y muy particularmente en el

nuestro, la decadencia se había hecho ya en extremo sensible.

A pesar de todo, La Rue, al terminar su carrera (1725) se resiente algo del mal gusto que data en Francia, según Mau-ry y otros, de la *Pequeña Cuaresma* de Massillon.

Teniendo que hablar este orador delante de un rey niño y de un auditorio enteramente nuevo, creyó debía prescindir de los grandes asuntos que con tanta superioridad había tratado en sus primeros años; con esta idea se redujo á hablar de la condición, de las obligaciones, de los peligros y de las debilidades de los grandes; limitándose, pues, á este punto concreto de la moral, no podía ser tan elocuente. Desplegó indudablemente todas las galas de un estilo agradable, pero no tuvo rasgos sublimes; hizo brillar ideas ingeniosas, pero no llegó á conmover como antes á sus oyentes. Por esta razón, á pesar del entusiasmo que inspiró por espacio de medio siglo la *Pequeña Cuaresma*, tanto que se hallaba del mismo modo en el bufete de Voltaire que en el tocador de las damas; á pesar del mérito en el estilo, que indudablemente hará inmortal esta predicación, es forzoso convenir en interés del buen gusto, que las ampliaciones, las redundancias, el frecuente regreso á las mismas ideas, los cuadros comunes y la monotonía de los planes, colocan á esta colección tan ensalzada en un puesto muy inferior aun á las demás obras de Massillon.

De aquí que el ejemplo y el éxito de tan ilustre maestro viniese á influir en los oradores que le siguen después, los cuales en su mayor parte se lanzaron sin reflexión por el mismo camino, olvidando esta regla tan profunda y tan luminosa de Bossuet: *En los sermones se desea la parte moral, y se*



*desea con razon, porque la moral-evangélica se halla fundada en los misterios del Cristianismo.*

Después del gran período que acabamos de estudiar, Francia tiene todavía por algun tiempo el privilegio de reclamar nuestra atencion. En medio del mal gusto que caracteriza los últimos dias de la época que nos ocupa, á pesar de los defectos que Maury y otros criticos hacen notar en los oradores sagrados posteriores al siglo de Luis XIV, es lo cierto que muchos de ellos merecen leerse, que caminaron mas lentamente á la decadencia, que teniendo por modelo á Massillon en su última Cuaresma se dejaron arrastrar insensiblemente por el mal camino; pero no puede menos de convenirse que en medio de todo supieron conservar grandes títulos á la estimacion de la posteridad.

Al bellissimo estilo de los predicadores del siglo XVI y XVII sucedió en todas las naciones una afectacion impropia del santuario: los sublimes asuntos de esa hermosa y sólida instruccion cristiana, perfectamente indicados por la Iglesia en el orden anual y en la distribucion de los Evangelios; estos asuntos tan importantes, tan fecundos, tan ricos para el sacerdote, y sin los cuales la enseñanza desprovista del apoyo de la sancion divina, y desheredada de la autoridad vengadora de un juicio supremo, viene á convertirse para muchos en una teoria ideal, en un sistema puramente arbitrario: estos asuntos sublimes se miraron con cierto desden renunciando las grandes ventajas y los grandes recursos de la moral cristiana que Bossuet tantas veces recomendaba (1).

(1) «On veut de la morale dans les sermons, et on á raison, pourvu, qu'on entende que la morale chrétienne soit fondée sur les mystères du Christianisme.» *Ser sur l'unité de l'Eglise.*

Los mas de los predicadores que aparecieron en Francia después de Massillon, fueron conducidos por el torrente; y el púlpito descendió desde su elevada region á una moral puramente humana. Tratóbase de filosofia, de economia política, y muy particularmente de metafisica: la elocucion era seca, alambicada ó poética hasta el esceso. En vez de descripciones oratorias se formaban retratos. Se escribía en un estilo lleno de afectacion, amanerado, enigmático, sentencioso, hinchado y sobrecargado con figuras ó con palabras técnicas. Cuando este estilo no presentaba tan ostensibles caracteres de mal gusto, solia caer en la languidez de una estremada flaqueza, sin colorido, sin ideas, sin vigor, sin trabazon y sin orden.

**PAULLE.** El Abate Paulle se dejó llevar acaso mas que ningun otro del gusto general. Desde su primer sermón dió á su estilo toda la afectacion de la elocuencia académica. Los aplausos que obtuvo contribuyeron á estraviarlo todavía mas. Creyóse un orador perfecto, y no se tomó el trabajo, ni de moderar el vuelo de su imaginacion, ni de corregir su estilo, ni de profundizar la ciencia de la religion. Por consiguiente, en el escaso número de discursos que nos ha dejado, á escepcion de algunos fragmentos muy contados, no se advierte ningun vestigio de verdadera elocuencia. La invencion es muy débil, y por decirlo así, nula. Sus planes con vaguedad concebidos y ejecutados, y sus continuas divisiones suelen contenerse las unas en las otras. Su idea no es por lo comun, ni clara ni exacta; quiere ser nuevo y original, y se convierte en oscuro y extravagante. Inútilmente buscaríamos en sus discursos esa plenitud de razonamientos y esa abundancia de doctrina que lleva la conviccion al alma. Su prurito consiste en la



rapidez del estilo, á la que lo subordina todo, y afecta resumir su idea en las menos palabras posibles. Lisonjea y agrada sin llegar á conmover. Paule tenia no obstante un raro talento para herir los corazones, y lo manifestó en sus dos *Exhortaciones de caridad*, predicadas la una en favor de los infelices presos, y la otra en obsequio de los niños espósitos.

El P. de NEUVILLE adquirió fama en este periodo. Una imaginacion fecunda, un colorido brillante y pensamientos ingeniosos le granjearon desde un principio grandes simpatias, que conservó por espacio de treinta años consecutivos, y que llegaron al punto de considerársele como el heredero de Massillon; con el cual, dice severamente el Cardenal Maury, no tuvo nada de comun. Este profundo crítico censura la simetría, la afectacion y el lujo en las espresiones de Neuville, pero principalmente combate la difusion de su estilo. Sus discursos, dice, son en el género oratorio, lo que seria en música un cantito recitado, sin que ningun aire saliente, ningun canto viniera nunca á enriquecerlo. El estilo débil y difuso del P. de Neuville en su insípida monotonia se asemeja, segun otro crítico, á la fluidez y uniformidad mecánica de un caño de agua. Esta opinion, aunque tenga algo de exacta es exagerada. El mismo Maury reconoció en el P. Neuville estension y á veces elevacion de ideas, nuevos juicios, rasgos oportunos, precision, y aun en muchas ocasiones gran talento para el pulpito. Tuvo tambien el mérito de no capitular con el espíritu crítico de su siglo; no era de esos mundanos ministros de la religion, que confesando á Jesucristo con dificultad, se res-

balaban fácilmente en los puntos dogmáticos de la ley revelada. Por el contrario, trataba con valor apostólico las grandes y terribles verdades de la salvacion. El ardor de su celo sacaba en estos asuntos, verdaderamente oratorios, la fuerza que al parecer faltaba á su talento.

BEAUVAIS. En los sermones de Beauvais, Obispo de Senes, no se encuentra ese vigor de razon, esa elevacion de ideas, ese vasto orden de plan, ni esa fecundidad de imaginacion que distinguen á los primeros oradores franceses; pero se nota en sus trabajos oratorios una sencillez noble y sostenida, una sensibilidad dulce, una dicción correcta y cierto grato descuido, que á veces es negligencia, pero que persuade mucho mas por lo mismo que deja traslucir menos esfuerzo y trabajo. Venos en este orador, dice M. Boulogne, á un hombre de bien, que á medida que habla del Evangelio saca sin trabajo ideas buenas del buen tesoro de su corazon; ideas á veces elocuentes y siempre instructivas; que no deslumbran al oyente, pero que lo atraen; que no le apartan de si mismo, pero que le conmueven con suavidad. Sus escritos llevan el sello de su carácter, la moderacion, la dulzura y la facilidad. Casi siempre le falta energia, pero nunca gusto y moderacion. Con justicia puede decirse que carece de arranques, pero no de uncion y de gracia. Si no tiene grandes rasgos de ingenio, tampoco los tiene sutiles ni alambicados; es un rio tranquilo que nunca se desborda; pero que no, por eso, contribuye menos á la fertilidad y belleza de las comarcas que riega. Es un modelo, en fin, de lo que los retóricos llaman género templado.



Casi todos los asuntos de Beauvais se refieren á las virtudes humanas. Trata de la compasion, de la dispensa de beneficios, de la piedad filial, del amor paternal, de la compasion para con los pobres, de las virtudes sociales, y si hay sermones que por el titulo se apartan de aquel terreno, son conducidos á él por medio de atinadas reflexiones. Quizá obraba así arrastrado por su gusto y por la indole de sus estudios; pues sabemos que desde su juventud manifestó una gran repugnancia á la dialéctica, y por consiguiente á los asuntos de discusion; asuntos que es mucho mas fácil desdenarlos, que sobresalir en ellos. Pagó acaso en sus trabajos Beauvais un tributo al espíritu de su siglo, que ya entonces soñaba con humanidad y con beneficencia al gusto de una corte frívola y vana, esencialmente enemiga de toda instruccion demasiado profunda. Mas si fuera cierto que hubiese querido acomodarse á las ideas que comenzaban á prevalecer, ó á la falsa delicadeza de su auditorio, lo que estamos muy lejos de conceder, podría decirse entonces que él mismo habia hecho traición á su talento y sufrido las consecuencias de su complacencia en la falta de elevacion y de profundidad que se hace sentir de un modo notable en sus trabajos oratorios.

Boismont. El A. de Boismont manifestó en sus *Oraciones fúnebres* un estilo diferente del Obispo de Senez. Dotado de un talento fácil y de una imaginacion brillante, dice M. de Boulogne, sabiendo manejar hábilmente su palabra y dominar un asunto, ya para aprovechar sus recursos ó subsanar su esterilidad, reunió á una gran riqueza de ideas una gran pureza de espresiones.

Quiso ser orador de moda, y por su desgracia lo consi-

guió. Avido de buen éxito, impaciente por alcanzar una gran reputacion, sacrificó las felices disposiciones que habia recibido de la naturaleza. Nombrado orador titular de la Academia francesa, tuvo que colocarse á nivel de su auditorio, adoptar el gusto de sus jueces que imponian la ley, y mostrarse como ellos lleno de sobrecejo y de pretensiones, de afectacion en el estilo y de énfasis en las ideas. Tal es efectivamente el carácter de las *Oraciones fúnebres* del Abate Boismont. El verdadero orador se oculta en ellas y se hace olvidar; mas el escritor se muestra constantemente de tal manera, que al leerlo es imposible olvidarlo un solo instante, y parece que asistimos á la composicion de sus trabajos, viéndole colocar las palabras, poner en orden todas las frases y hacerlas servir á un solo objeto. Nunca se advierte en él ese estilo patético, esa soltura y esa efusion de sentimiento, sin las cuales no hay verdadera elocuencia. Es el Thomas del púlpito, con la misma hinchazon, con la misma aspereza, con la misma avidez y deseo de hacerse aplaudir.

La vejez del Abate Boismont se distinguió con una singularidad muy extraordinaria; porque en la edad en que no podemos corregirnos ni adelantar, esto es, á los setenta años, compuso una obra donde se nos muestra completamente distinto que en su juventud. Habiéndole encargado un discurso para la inauguracion de un hospital militar y eclesiástico, este sermón es infinitamente superior á sus *Oraciones fúnebres*, es sin comparacion ninguna lo mejor que ha dejado, ó mas bien el único monumento de verdadera elocuencia que de él nos queda, el título que mas recomienda su memoria á los inteligentes. En esta oracion desaparecen por completo todas sus faltas, siendo reemplazadas por las bellezas de que